

mármol, la reja que lo circuye, de plata, lo mismo que el tabernáculo. Pocas iglesias son tan ricas como ésta. En la época de la inauguración se suspendieron de la bóveda sesenta lámparas y todo el servicio, que era del mismo metal pesaba más de 5,000 marcos. Es dudoso que existan aun todas aquellas riquezas, pero quedan apariencias de mucho lujo.



Montaña de los órganos.

pero de un gusto singular, árabe y mejicano, tan extraño como elegante. Zigzacs blancos y negros dominan las ventanas de estrella, á cuyo alrededor unos ángeles desenvuelven leyendas tomadas de la letanía en la lengua española. Las columnas son medio griegas, pero de un griego de fantasía, la puerta es morisca, como algunas ventanas. Todo esto parece ser muy incoherente y no lo es: la disposición del conjunto hace de estos caprichos arquitectónicos un capricho armonioso.»

El agua de esta fuente es, según dicen, milagrosa: en realidad tiene las mismas virtudes que la del manantial inmediato del *Peñon de los baños*; los dos contienen, con el cloruro de sodio, ácido carbónico y sulfatos de cal y de sosa.

De la capilla edificada en la terma no podría decir más que Mr. Ampere y lo cito. «Lo que en punto de arquitectura he visto de más bello durante todo mi viaje por América, es la capilla construida por encima de la fuente milagrosa de Nuestra Señora de Guadalupe. Esta arquitectura es tan original que no se parece á nada; es una especie de renacimiento,

La capilla del Cerrito es pesada, cuadrada, sin carácter ni gracia; pero el panorama que desde su plataforma se descubre, vale la pena de la subida. Una parte del valle se desenvuelve á la admirada vista, con sus lagos, sus ciudades de techos planos erizados de campanarios y cúpulas, sus villorrios flotando en la verdura, sus caminos arbolados, sus cerros volcánicos y sus cadenas de azuladas montañas, que dominan el Popocatepetl y el Istaceihuatl y el cerro de Ajusco. Entonces siente uno la embriaguez con que los soldados de Cortés bajarían de la sierra de Aqualco hácia este paraíso terrenal. La emoción, pero una emoción expansiva y dulce dilata el corazón. Ningún viajero puede sustraerse á estas impresiones; todos acaso han sentido el deseo momentáneo,

fugitivo como el relámpago de plantar allí su tienda y acabar en ella sus días en los inefables goces que produce la contemplación de la naturaleza.

Dos vías conducen al pie de la montaña: la una

es una rampa dulce al Occidente, la otra á Oriente es una escalera rápida entre dos murallas de festoneadas crestas. Dos caminos enlazan igualmente á Guadalupe y Méjico, caminos paralelos é inmedia-



Bosquecillo de ciprés, llamado de Motezuma en Chapultepec.

tos; el uno es de piedra y es el más estrecho y antiguo; el otro es un terraplen flanqueado de árboles. A derecha é izquierda se extienden los potreros ó tierras de pasto inundados en parte durante la estación lluviosa.

Este camino que sigo está bastante animado. Son las diez y los vendedores de los mercados de la capital vuelven al campo. Una multitud de mulas cargadas, un carruaje más moderno y cómodo que todos los que me he encontrado hasta ahora, un fraile á

caballo, un lancero corriendo de servicio, se cruzan conmigo sucesivamente. El pobre defensor de la patria va mal montado y peor equipado, mientras que detrás de él avanzan una cabalgata de rancheros ostentando todo el fausto del traje nacional. Calzonera de piel de gamo ó de terciopelo con profusion de bordados, galones y otros adornos de plata; sombrero de anchas alas con toquilla de oro ó de plata, sostenida por cordoncillos que vienen á fijarse á pesados adornos del mismo metal puestos á los lados junto la corona. La calzonera abierta deja ver los calzones blancos, bordados como la camisa. La bota vaquera ó campanera protege la pierna y es una prenda de cuero ricamente dibujada como la silla del caballo, y que se ata con un bello cordon con borlas. El mango del cuchillo que va entre la pierna y la bota, se deja ver á la altura de la rodilla.

La cabeza y la brida son simples cordones de pasamanería adornados con borlas y planchas de plata.

Maravillado de este espectáculo tan variado, llevo á la puerta ó garita de Peralbillo: estoy ya en Méjico.

El lepero mejicano.—Catedral y sagrario.—Plaza de armas.—Palacio.—Los Evangelistas.

De la garita de Peralbillo una calle que cambia muchas veces de nombre, conduce directamente á la plaza de Armas ó de la Constitucion, atravesando antes los barrios de Santiago Tlatelolco y de Santa Ana. Estos barrios, como los de Guadalajara son de triste aspecto, y la poblacion no es mas atractiva. Encuentro algunos tipos que me recuerdan los de la capital de Jalisco; solamente las fisonomías tienen aquí en general algo de mas famélico: la corrupcion está mas manifiesta. El lepero de Méjico tiene con sus semejantes de la república la misma superioridad que los lazzaroni de Nápoles sobre sus iguales de las demás ciudades de Italia. Es mas maligno, mas sutil, mas audaz, mas desvergonzado; su inteligencia y su imaginacion tienen una esfera mas amplia; es en una palabra, mas completo. Hay á su servicio un repertorio tan rico y tan hábil como el mismo pilluelo de París. Al cabo de veinte y cuatro horas de residencia en Méjico, mi leal Miguel, me parecia al lado de estos bandidos un gran estúpido; él mismo que por la primera vez visitaba la capital, estuvo dos ó tres dias aturrido, no por el lujo, mas por las costumbres que veia.

La calle que yo seguia me condujo á la plazuela de Santo Domingo, adornada con una fuente de bastante mal gusto, y dominada por sus águilas de convencion. Este sitio tiene el mérito de comprender el antiguo palacio de la inquisicion, el convento de los dominicanos y la aduana. El primero de los monu-

mentos es actualmente una escuela de medicina. El convento de Santo Domingo es uno de los mas bellos de la capital, la fachada de la iglesia, sóbria y severa, está en parte oculta por un muro festoneado que cierra el átrio. La aduana es un vasto edificio, muy feo y muy mal conservado, pero en cuya puerta hay mucho movimiento: recuas de mulas, carretas cargadas y tiradas por cuatro, seis y hasta ocho mulas, entran aquí á cada instante. En frente de la aduana, hay unos portales bajos, sombríos, viejos y sucios, ocupados por algunos evangelistas ó memorialistas. La ingenuidad castellana dió el nombre de evangelistas á esos hombres que escriben todo lo que se les dice, y que hacen un gran papel en este pais, donde la instruccion primaria está tan atrasada. Yo me dirigí á uno de ellos para tomar informes sobre mi direccion. Era un viejo de rostro apergaminado y que revelaba en todo su físico el oficio que tenia. Vestia un pantalon de *lasting* verde, botas de gamo, una chaqueta blanca sin chaleco ni corbata, usaba de anteojos y tenia una pluma detrás de la oreja derecha y otra en la mano, un cigarro en la boca y otro detrás de la oreja izquierda; cubriendo ó coronando todo esto un sombrero prodigioso, cuyas alas tendrian sin exageracion un metro de voleo.

El bueno del hombre se interrumpió con placer por ponerme en direccion, y bajo la fe de un oficial de la guarnicion de Guadalupe, fuí al meson del teatro de Vergara. Pero este hotel me pareció mucho mas importante de lo que convenia á un hombre, que, como yo, queria confundirse con el pueblo. Por eso asi que dí una ojeada al teatro, que dicho sea de paso, nada tiene de notable, volví atrás en busca de otro alojamiento.

Y encontré lo que buscaba en el meson de San Vicente, calle de Manrique. Esta calle tiene el nombre de un arquitecto mejicano de cierto mérito: allí me dieron la llave de un cuarto donde habia una cama, una mesa, un banco, y una vela de sebo, y nadie paró su atencion en mí.

Después de lavarme y almorzar, en lo que noté con estrañeza que en la capital estaba todo mas barato, tomé la calle de Tacuba que traza un ángulo recto con la calle de Manrique y me encontré muy luego en la catedral.

La catedral de Méjico está situada en el centro de la ciudad: su fachada mira al Mediodía y forma uno de los lados de la plaza de la Constitucion. Me parece que nadie ha hecho aun á este templo la justicia que merece; sus grandiosas dimensiones, el arte con que sus diferentes partes están enlazadas y el gusto de la ornamentacion son cosas dignas de admirarse. El pórtico está dividido en tres partes por gruesos contrafuertes. El cuerpo central es mas alto que los laterales, y dominado además por una torre cilla coro-

nada de estatuas. Esta hábil disposicion salva muy felizmente el triste efecto de una línea recta que reúne dos torres muy alejadas, efecto de que puede uno darse cuenta fácilmente colocándose en frente de San Sulpicio, y sobre todo, de San Vicente de Paul en París. El basamento de la torres es de construccion maciza, y está sostenido con contrafuertes, entre los cuales se ven unas aberturas que contribuyen á darle una apariencia de fortaleza. Pero los campanarios están muy agradablemente terminados por una cúpula de piedra en forma de campana. Todo esto está adornado al gusto del renacimiento. Una sobriedad que no tiene nada de mezquino ni de frio y un gran sentimiento de armonía ha presidido á la distribucion de los ornamentos, cuyas bellas proporciones y el poderoso relieve dan al monumento un carácter verdaderamente grandioso.

La cúpula recuerda la del Val-de-Gracia, elevándose magestuosamente por encima de las azoteas rodeadas de balastradas, que forman por ambos lados un magnífico anfiteatro.

Este monumento fue construido por orden de Felipe II en el sitio de una iglesia mas modesta edificada por Cortés después de la conquista. Sus obras se comenzaron en 1573 y concluyeron en 1657.

Al oriente de la catedral se halla el Sagrario, singular edificio, cuyo principal defecto es, á mi parecer, estar pegado al otro. Habiendo devorado un incendio la antigua iglesia parroquial en el siglo XVIII fue reedificada la nueva por un plano diferente, y hay que decirlo, con un gusto menos puro. El arquitecto español Churriguera tuvo el honor de dar su nombre á ese género de tan mal gusto fantástico, que recuerda el Baroco y el Pompadour de que era contemporáneo.

Lo churrigueresco es un estilo de decadencia, una especie de sistema para infringir todas las leyes establecidas en arquitectura, un romanticismo descahellado, cuyos principales caracteres son la falta de líneas rectas, la incoherencia de los ornamentos.

En el Sagrario los paramentos están contruidos con tezontle, amydalóide poroso y ligero de tinta roja muy comun en la conca de Méjico, mientras que las jambas y dinteles, los contrafuertes, las cornisas, las estatuas, las columnas y molduras de todas clases son de piedra, pero blanqueadas con cal. De este desbordamiento de escetricidad, resulta un conjunto agradable, donde se descubren grande audacia de imaginacion y bellezas reales de detalle.

El palacio del gobernador ocupa el lado oriental de la plaza de Armas, es decir, 200 metros de fachada, comprendiendo, además del que pertenece al jefe del Estado, los archivos, los ministerios, un cuartel, una prision, la casa de la moneda, etc.

Al Sur de la plaza está situada la *casa de Cabildo*

ó municipalidad; al Oeste los portales de *Mercaderes*, bajo los cuales hay algunos cafés y los mas bellos almacenes de la capital.

Esta plaza asi rodeada es muy bella, y además está muy animada. Soldados, sacerdotes, frailes, mendigos, leperos, mujeres de todas clases, ginetes, carros, carretas, animales de carga van, vienen, se cruzan en un ruidoso laberinto; músicos ambulantes, arpistas y guitarreros recorren los cafés y glorietas. En la misma plaza se establecen sus puestos de agua fresca y helados algunos industriales y sobre aparatos adornados de ramas verdes y flores, se ven enormes vasos llenos de bebidas rojas ó azules y cubiertas con calabazas de vivos colores.

Pordioseros y presidiarios.—El sereno.—Chapultepec.—Mercados de Méjico.—El aguador.

Méjico es sin disputa la ciudad mas bella de la república. Las casas tienen en general dos pisos, pero no tienen buena distribucion, y asi que un propietario parisiense de cada piso haria dos, de cada pieza una vivienda completa. Están pintadas con colores vivos, por lo regular, y el amarillo parece el favorito: las molduras son blancas invariablemente. Los terrados son azoteas y la galería que corona el edificio está comunmente festoneada. Las canales son de piedra, verdaderas gárgolas de la edad media, y se prolongan por encima de las cornisas. Bellas obras de hierro adornan los balcones y las ventanas de la planta baja.

Las calles están bien empedradas, trazadas en ángulos rectos y flanqueadas de aceras. Un pueblo estrañamente mezclado las recorre sin interrupcion y sin tumulto. Segun un refran que corria en París hace cien años, no se podia uno parar un cuarto de hora en el *Pont Neuf* sin ver pasar un caballo blanco, un soldado, un fraile ó una muchacha. Puede decirse otro tanto de cada esquina de Méjico; pero aquí hay que añadir los pordioseros.

Una de las cosas que dió á Cortés una alta idea de la civilizacion azteca á su llegada á Méjico fue el gran número de mendigos: habia tantos, decia, como en un pais civilizado. Esta observacion era lógica en un hombre que no podia concebir la sociedad de otro modo que dividida en clero, nobleza y clase media, y que comprendia sin embargo que para que hubiese gente muy rica en semejante organizacion, era menester que hubiera gente muy pobre. Si Cortés resucitara, juzgaria muy favorablemente del desenvolvimiento moral de Méjico, viendo la multitud de pordioseros de la capital, pudiendo ir á rectificar sus ideas á los Estados-Unidos.

Jamás las córtes de los Milagros han visto, á mi parecer, tipos mas vigorosamente marcados, mas severos, que algunos mendigos de Méjico, medio

desnudos y harapientos. La opinion pública en los países cálidos, no tiene ese pudor, que se espante á vista de un torso desnudo; y sin descender á los mendigos no es raro encontrar un vendedor con su mercancía en la cabeza, sin llevar mas vestido que unos calzoncillos de cuero.

Entre los tipos desagradables de Méjico hay que mencionar los presidiarios, que se ocupan en barrer calles y paseos y aun en ciertos servicios subterráneos, no muy limpios. Van encadenados de dos en

dos y escoltados por un piquete de infantería: los soldados se muestran muy tolerantes para con ellos, y los dejan escaparse, cuando pueden hacerlo sin gran compromiso. Presenció una mañana en el paseo de Bucareli un drama de este género que tuvo un desenlace trágico: el fugitivo recibió un bayonetazo, quedando muerto en el acto. Acaso fuera una venganza particular.

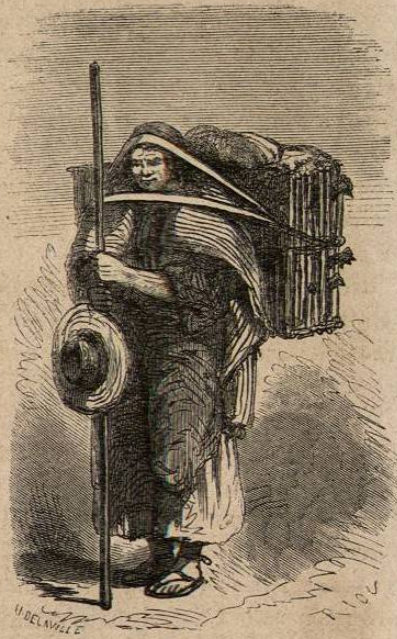
Esta mezcla de tolerancia y rigor, se encuentra en todos los ramos de la policía que está muy mal



Camellero.



Sombreroero.



Pollero.

organizada en Méjico. En el fondo de todo esto se ve una especie de solidaridad entre los agentes y los bandidos, una necesidad de servirse mutuamente. El sereno que avanza gravemente por la noche con su viejo capote azul de vivos amarillos, como la franja de su pantalon y la cinta de su sombrero, armado de su linterna, de su vocina, de su capuchon y su pito al cuello, está muy dispuesto á volver la espalda al ruido sospechoso que pueda oír.

He recorrido en mi incógnito, todas las calles de la capital, he visto sus sesenta iglesias y sus cuarenta conventos. No he entrado en todos estos edificios; pero habiendo visto á San Francisco el Grande con sus cinco iglesias, la catedral, el Sagrario, las iglesias del convento de monjas de la Encarnacion y la casa jesuita de la Profesa, puede ya contentarse uno con echar solo una ojeada á los demás.

Hecho este reconocimiento, monté un día á caballo con intencion de ver las afueras.

Saliendo de Méjico por la garita de San Cosme,

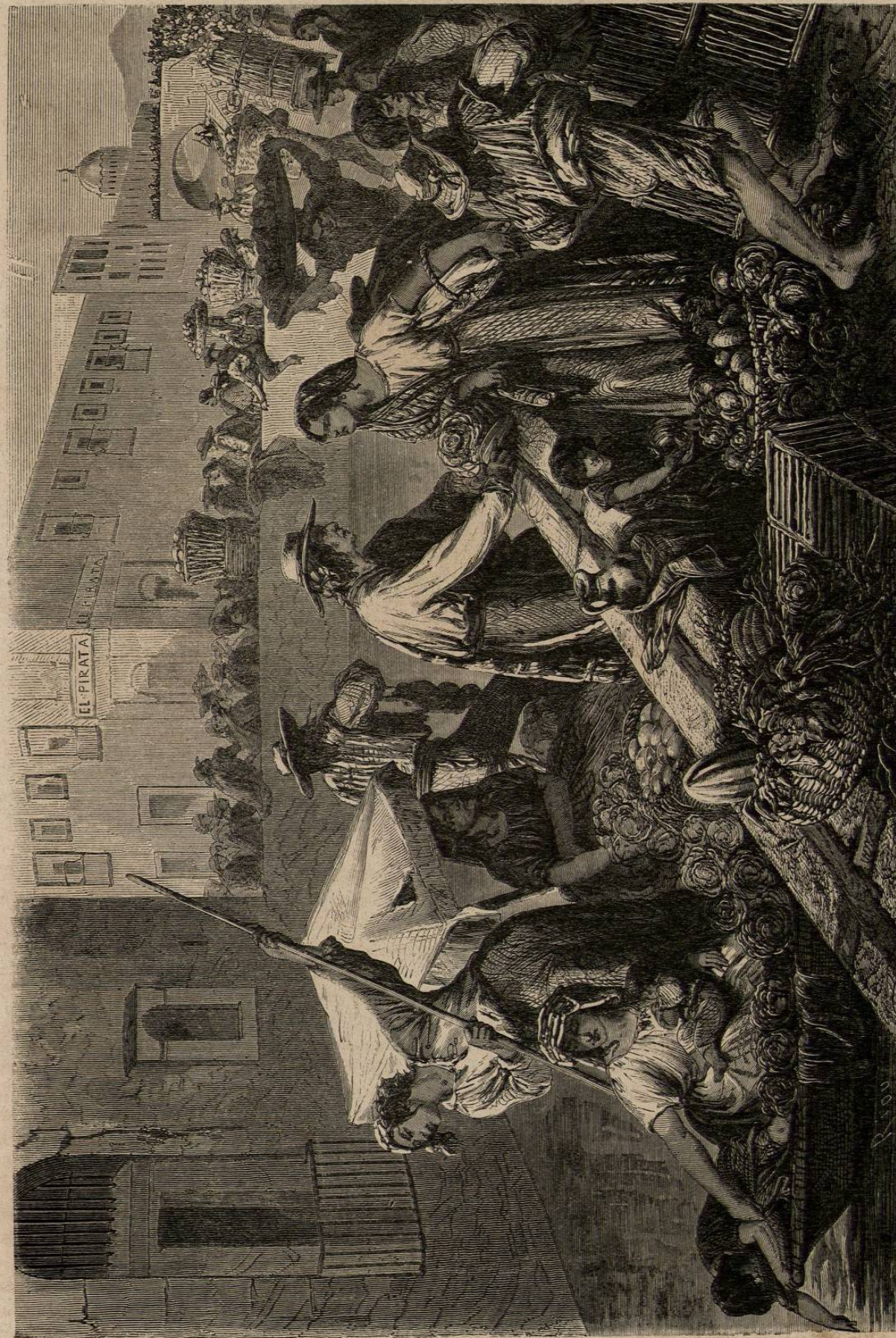
después de haber salvado la acequia del *Salto de Albarado*, por el punto en que el capitán de Cortés salvó con gran admiracion de los aztecas la zanja mucho mas ancha entonces; después de atravesar el aristocrático y silencioso arrabal de San Cosme, se sigue una calzada á que dan sombra altos y bellos árboles.

El acueducto que lleva á la capital el agua de Santa Fe la divide en toda su longitud: este acueducto está en muy mal estado

No lejos de la garita hay una fuente churriguesca embebida en el mismo flanco de la obra: es la *f fuente de la Tlazpana*.

Muy luego llegué al pueblecillo de Popotla, donde es tradicion que Cortés echó pié á tierra para ver desfilar su ejército en derrota, al alba de la espantosa *Noche Triste*.

En el patio de la iglesia, edificada por el conquistador en recuerdo de tan funesto dia, se eleva un venerable ciprés *ahuelhete*, cuyo nudoso tronco enor-



El mercado en el puente de Roldán (canal de Viga en Méjico).